



CUENTOS PARA SALVAR EL PLANETA

ANNA CASALS Y PAOLO FERRI

ILUSTRADO POR CRIS RAMOS

DESTINO

 **LIVEWORKSHEETS**

1

Un mensaje en la botella

Cuento sobre el mar de plástico



Había una vez una ballena que vivía en el Pacífico. Desde siempre, su familia había jugado al escondite en la barrera de coral o a espantar pececillos de colores. Pero las cosas habían cambiado: la pequeña ballena no jugaba, sino que dedicaba su tiempo a nadar entre seres nunca vistos por aquel mar. Algunos eran grandes y otros pequeños, pero todos eran transparentes y arrugados.





—¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? —preguntó un día la pequeña ballena. Aquel ser extraño no contestó.
«Igual es tímido», pensó. «Le daré su tiempo, lo cuidaré durante unos días y luego lo volveré a intentar.»

La ballena esperó y le volvió a preguntar: un día, dos, tres, diez. Pero nunca obtenía una respuesta. Entonces, lo observó con atención. Se dio cuenta de que aquel ser extraño nunca le hablaría porque no tenía boca. No era ningún animal o planta que conociera: no comía, no respiraba, no jugaba y, por supuesto, no respondía!



La pequeña ballena no se daba por vencida. ¡Tenía que existir una manera de comunicarse con él! Escribió un mensaje y lo puso dentro esperando obtener respuesta.

—Quizás no sabes hablar, pero sí sabes leer.



El ser no contestó, no respiró; no hizo nada.

Al día siguiente, la ballena vio que aquel ser extraño sí tenía amigos, estaba rodeado de otras cosas tan raras como él. Eran muchas, muchísimas. Parecían danzar a su alrededor.

«¡Ah! Tal vez no juega conmigo porque esperaba a sus amigos», pensó.

Sin embargo, algo la inquietaba: cada día la presencia de aquellos seres raros aumentaba e invadía más su espacio.

Y al final fue la ballena quien se enfadó con sus nuevos no-amigos.

No solo no hablaban, sino que no la dejaban ni respirar.



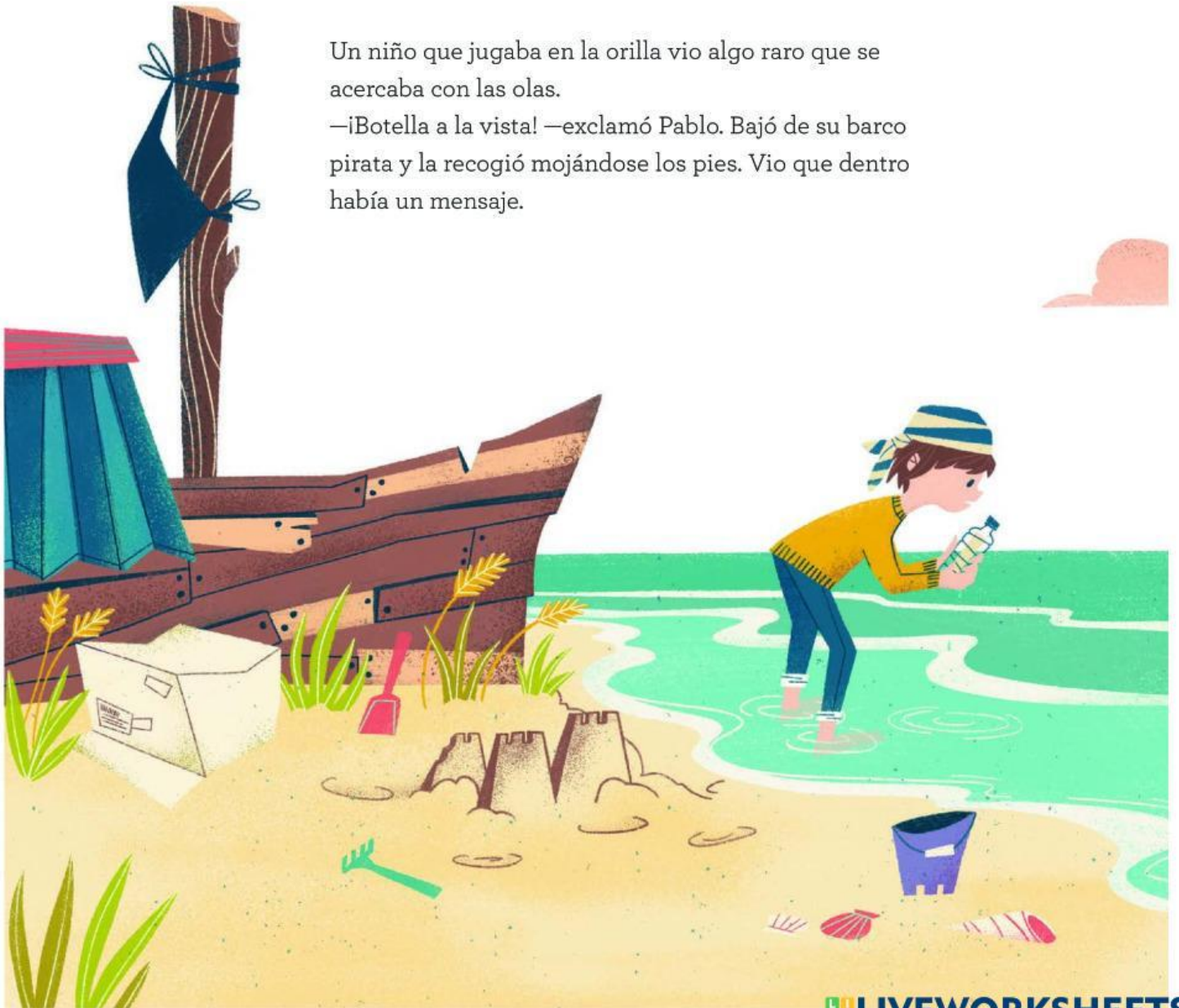
Volvió a dejar un mensaje. Tal vez ahora, al ser tantos, alguno le respondería.



En lugar de responder, aquella extraña cosa se puso a nadar. Viajó y viajó, hasta que las corrientes marinas la dejaron en la playa.

Un niño que jugaba en la orilla vio algo raro que se acercaba con las olas.

—¡Botella a la vista! —exclamó Pablo. Bajó de su barco pirata y la recogió mojándose los pies. Vio que dentro había un mensaje.





Pablo se puso triste.
Había un animal en peligro.
O dos, o muchos.



—Papá, ¿podemos salir en barca un ratito? ¡Quiero ver el mar!
Salieron a navegar, ¡les encantaba! Al poco tiempo, Pablo vio algo que flotaba.
«¿Será la ballena?», pensó. Pero no, solo era un trozo de plástico. Y luego otro, y otro.
Pablo no podía creer lo que veía. Parecía un gran monstruo marino. Le cayó una lágrima.
—Papá, ¿por qué hacemos esto? —preguntó.



Cuando regresaron, Pablo cogió una caracola de la playa. Quería comunicarse con la ballena y aquella le pareció la mejor manera de hacerlo. Con cuidado, sopló un mensaje en la caracola y lo dejó dentro. Luego, la devolvió al mar.

Querida ballena: estas cosas feas y transparentes que ensucian tus aguas son botellas, bolsas y envases de plástico. Somos los humanos quienes las tiramos al mar. Prometo que te salvaré. Tu amigo pirata, Pablo.



Pablo decidió pasear cada día por la playa y recoger todos los plásticos que encontraba. Los llevaba a reciclar y, sobre todo, los alejaba de las olas que los podían arrastrar lejos, mar adentro, hacia los arrecifes. Hacia su amiga ballena.





Al cabo de unos días, Pablo vislumbró algo desde el mástil de su cabaña-barco. Sus ojos brillaron, algo saltó en el horizonte. El viento le acercó un leve silbido que provenía del mar, decía «GRACIAS».